

CRECIENDO EN SANTIDAD

El papel que juega Dios y
el papel que juegas tú



R. C. SPROUL



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Growing in Holiness* © 2020 por The R. C. Sproul Trust y publicado originalmente en inglés por Baker Books, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Creciendo en santidad* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Loida Viegas

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “RVA-2015” ha sido tomado de la Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en el texto bíblico son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5961-0 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6897-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7745-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

1. Avanzando hacia la meta 9
 2. Vencer al mundo, a la carne y al diablo 35
 3. Hacer lo correcto 63
 4. La seguridad de la salvación 79
 5. Confianza en Cristo 99
 6. La prioridad del amor 119
 7. El fruto del Espíritu 147
 8. Madurando en Cristo 175
- Sobre el autor 187



Avanzando hacia la meta

Saber hacia donde uno se dirige es crucial, pero también lo es ser consciente de cómo llegar allí. Cuando aceptamos la enseñanza bíblica de que Dios nos creó para que pudiéramos alabarle mediante una vida santa, resulta tentador buscar soluciones rápidas. Una de las cosas que más me irritan es oír a los cristianos pronunciar frases como “Ven a Jesús y todos tus problemas se acabarán”. ¿En serio? Mi vida no se volvió realmente complicada *hasta* que me hice cristiano.

Cuando pienso en los días previos a mi conversión, en cierto sentido, aunque carente de cualquier significado o relevancia, mi vida era mucho más sencilla. La mayor parte del tiempo sabía lo que quería hacer. Había logrado cauterizar mi conciencia a tal punto que podía divertirme sin sentirme demasiado apesadumbrado o sin demasiado

remordimiento al respecto. *Pero con el nuevo nacimiento del alma humana también llega el nuevo nacimiento de la conciencia humana.*

La persona que ha venido a Cristo se toma la vida ahora más en serio. Empezamos a actuar de este modo, porque entendemos que se trata, desde luego, de un empeño importante. Tristemente, la conversión no aniquila nuestra propensión al pecado. Los cristianos son como los personajes que vemos en los cómics: están implicados en una batalla moral, con un ángel sobre un hombro y el diablo sobre el otro. Nos cuesta elegir y cada uno tiene una enorme influencia sobre nosotros.

La vida cristiana es, sin duda, un asunto complicado. Con toda certeza, Dios nos ayuda a crecer por medio de la gracia que nos provee en abundancia. No obstante, un gran crecimiento exige un esfuerzo tremendo.

Recuerdo aquellas primeras semanas que siguieron a mi conversión, cuando leí toda la Biblia de principio a fin como si de una novela se tratara. Jamás olvidaré el impacto que tuvo sobre mí leerla de esa manera. Fue muy poco lo que entendí, pero aun así tuvo una influencia abrumadora sobre mí.

Sin embargo, yo sufría y estaba angustiado porque, conforme la leía, en particular el Antiguo Testamento, pensé: “¡Ay! Este Dios se toma las cosas muy en serio. Si voy a ser cristiano, tendrá que ser todo o nada”. No sé por qué, pero uno de los primeros libros que escogí para estudiar en profundidad fue Filipenses. Recuerdo leer la epístola y tropezarme con este pasaje: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que

en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13).

Esos versículos me resultaron gravosos, porque empecé a ver que el crecimiento espiritual es algo que, en última instancia, se apoya en la gracia de Dios. Él está obrando en nosotros, a través de nosotros y con nosotros. Pero, al mismo tiempo, existe la advertencia de que nos esforcemos en nuestra salvación. Ya entonces comprendí que el crecimiento espiritual, ese progreso en la vida cristiana, es cuestión de esfuerzo, de trabajo duro. Podría ser una labor de amor, sin lugar a duda, pero, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el apóstol Pablo escoge con cuidado y con toda precisión esa palabra: ocupaos.

La santificación no es un esfuerzo casual. Pablo nos señala que nos esforcemos en nuestra salvación con temor y temblor. Ahora bien, no estamos hablando del temor y el temblor de aquel que se acobarda en la oscuridad porque se siente totalmente intimidado o por algún tipo de fobia paralizante. En su lugar, se está refiriendo a una labor de cuidado y preocupación, de diligencia, que debemos tomarnos muy en serio, hasta el punto de temer y temblar. No nos estremecemos antes nuestros adversarios humanos por el miedo. Temblamos delante de Dios, y lo hacemos con esperanza, sabiendo que Él está obrando en nosotros. Actuamos porque Él obra en nosotros para que actuemos.

En mi primer estudio del libro de Filipenses recuerdo haber marcado este relevante pasaje:

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto;
sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo

cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3:12-14).

Como cristiano nacido de nuevo, aquellos versículos fueron como un balazo entre los ojos. El apóstol Pablo, el mayor santo de la iglesia primitiva, declara a su congregación: “Todavía no he alcanzado la meta. No lo he logrado. No soy perfecto aún”. Y ahí estaba yo, con mi impaciencia. Llevaba tres o cuatro meses de cristiano y no podía entender por qué no había cruzado todavía la línea de meta. Pero el apóstol Pablo muestra cómo este peregrinaje es algo que dura toda nuestra vida. Aquello me resultaba difícil.

Consideremos las diversas clases de corredores. Unos se dedican a los cien metros planos mientras que otros corren maratones. Cada actividad exige una psicología completamente distinta. Yo opto por las distancias cortas, no las maratones. Yo preferiría abordar tareas de menor envergadura con un principio y un final claramente definidos en lugar de proyectos que duran varios años. Me gusta poder ver la línea de meta y darlo todo en un breve estallido de energía para llegar al final.

Sin embargo, la vida cristiana no funciona así. Es una maratón. Tienes que aprender la perseverancia. Tienes que seguir avanzando. Tienes que saber cómo proseguir en la labor. Por esta razón sentí la intensidad de las palabras paulinas cuando las leí con cuidado: “No es que lo

haya logrado aún ni que ya sea perfecto, sino que sigo esforzándome”. Sencillamente, no es que *continuamos*, sino que *perseveramos*.

El término griego traducido aquí “esforzándome” indica emplear fuerza, presión. ¿Cómo se aplica esto, pues, a nosotros? Tendemos a vivir pasando de una altura espiritual a otra. Esperamos ser santificados en amplias dosis, y todo de repente. Queremos relajarnos y celebrar la victoria en los cien metros planos. Pero la vida cristiana es distinta. Realizas prueba de los cien metros, pero, nada más traspasar la cinta, estás exhausto. Caes al suelo jadeante, respiras con dificultad. Pero entonces, lo primero que oyes es: “¡En sus marcas, listos, ya!”, y tienes que hacerlo de nuevo. Debes seguir esforzándote.

No acabamos esta carrera con rapidez, y esto resulta desalentador. Pero observa *por qué* persevera Pablo: “Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14). Es como si diera su testimonio: “Estoy tomando parte en una carrera por el cielo. Corro por el premio que el Padre ha reservado para su pueblo desde la fundación del mundo. Voy a lograr aquello que Cristo consiguió para mí. Él me ha poseído para que yo pueda poseer el cielo. Para que yo pueda recibir el tesoro que Él ha guardado en el reino de su Padre”.

Pablo continúa: “No pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás...” (Filipenses 3:13). Pablo no tenía tiempo que perder pensando obsesivamente en sus fracasos. Su preocupación siempre era el paso siguiente. Su visión estaba fijada en el cielo.

Dios nos está llamando, incluso ahora. Solemos pensar que nos llama a hacer esta tarea o aquella, a vivir en esta o aquella ciudad. Y estas realidades son verdad. Pero más aún, Cristo está de pie en el cielo y nos invita a venir a Él. Hemos de mantener nuestra visión precisamente en esto: en la línea de meta, en el punto final, que es donde se fijan con exactitud los ojos de Pablo. La recompensa por todo el dolor que hay en nuestras almas y por perseverar con paciencia es Cristo mismo. Él es la razón por la que nos esforzamos y avanzamos hacia el objetivo.

En las Escrituras se describe con frecuencia la promesa del cielo como entrar en el reposo, porque existe un agotamiento de nuestras almas que solo se puede curar con el descanso. Por eso adoramos. Por eso leemos la Palabra de Dios. Por eso nos reunimos con el pueblo de Dios. Para poder reposar y refrescarnos. Después proseguiremos con nuestro esfuerzo. Nos ocuparemos de nuestra salvación.

Como el corredor debe tener oxígeno para poder seguir avanzando, nosotros precisamos los medios divinos de gracia para mantener nuestras almas renovadas. Necesitamos la fuerza que procede de la gracia divina, que experimentamos cada vez que entramos a su presencia. Necesitamos las oraciones, la rendición de cuentas y la comunión con otros creyentes. Precisamos a otros cristianos, tal como ellos nos necesitan a nosotros (1 Corintios 12:21).

Recordemos nuestro propósito

Si queremos experimentar una mayor semejanza a Cristo, es necesario planear el crecimiento de forma intencionada.

Si queremos crecer en santidad, hemos de empezar con nuestro Hacedor, Diseñador y Sustentador. Conocer nuestro destino da forma a cada tramo de nuestro viaje. Crecer en santidad supone un estándar por el cual vivir. También da por sentado que existe Aquel que exige semejante pauta. De modo que empezamos con Dios como Creador y Redentor a la vez.

La actividad divina en la redención no fue un pensamiento tardío. Él planeó redimir al mundo incluso antes de que este existiera. Prometió “vida eterna” a sus propios hijos “antes del principio de los siglos” (Tito 1:2). Por otra parte, “nos salvó y nos llamó con llamamiento santo... por el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9). Esto significa que, desde toda la eternidad, Dios sabía que iba a crear, que se produciría una caída y que redimiría a su pueblo. Su intención es que toda la creación avance hacia la gloria del Creador. Y esa gloria se ve de un modo maravilloso en su obra de redención.

Con este fin en mente, ¿cómo creó Dios el mundo? Y, ¿por qué lo hizo como lo hizo? Cuando leemos el relato de la creación en Génesis 1–2, observamos que existe un tipo de movimiento jerárquico en su estructura. Va de menor a mayor, de los objetos inanimados de la naturaleza a la vida vegetal, a la vida animal, a la creación de la raza humana. Se diría que se trata de una progresión creciente.

Sin embargo, la noción con la que me encuentro más a menudo en la iglesia es que la creación alcanza su punto cumbre el sexto día, cuando Dios crea al hombre, el portador de su imagen, y le proporciona dominio sobre toda

la tierra. Y, ciertamente, en esa estructura ordenada de Génesis vemos que la progresión alcanza su punto álgido ese sexto día.

No obstante, existe gran peligro en considerar el sexto día como la cúspide de la creación, porque el relato no acaba en ese momento. La creación no se realizó en seis días. Fueron siete. Y si nos estamos moviendo en un *crescendo* cada vez mayor, debemos entender que el punto culminante, la cúspide, no es el sexto día. Es el séptimo. El séptimo día es el punto más alto de la creación.

Ahora bien, ¿qué ocurre el séptimo día? En Génesis 2:1-3 leemos: “Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación”.

Observa dos ideas conmigo. Primero, Dios descansó el séptimo día. Segundo, Dios santificó, apartó o consagró el séptimo día. Eso significa que Dios escogió un día y lo apartó de los demás. Esa jornada se convirtió en un día santo. Desde entonces, la vida de la raza humana ha seguido el patrón de un ciclo de siete días. ¿Por qué lo estructuró Dios de esta forma?

Por supuesto, existe un propósito funcional o utilitario para la humanidad, para el ganado y para toda la tierra. Junto con los animales y la tierra, el ser humano tiene ahora la oportunidad de descansar del esfuerzo y del trabajo. Existe un periodo regular de reposo y renovación. Sin embargo, el séptimo día no solo fue apartado para

descansar de la faena. Es, asimismo, el momento de una consagración especial para que el pueblo se reúna con el propósito de alabar a Dios en su majestad y santidad.

Además, conforme los cristianos de hoy siguen experimentando y honrando el ciclo de siete días, se nos conduce a mirar en retrospectiva con admiración y gratitud en la creación, a la vez que se nos apunta a la meta final tanto de la creación como de la redención. Cada día de reposo esperamos ese momento cuando el reino de Dios sea plenamente consumado y nos unimos a la asamblea de los santos en el cielo.

Como enseña Hebreos 12:23, nos dirigimos a “la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”. Cristo está estableciendo su reino, y un día su pueblo entrará en ese reposo. Ingresaremos en ese estado perfecto de la glorificación. Cada traza de pecado que permanezca será eliminada de nosotros, y seremos hechos completamente santos. A continuación, el propósito de la creación se cumplirá en el cielo. Entraremos en nuestro reposo y el proceso de nuestra santificación se completará.

Por consiguiente, al contrario de lo que enseñan los filósofos seculares respecto a que no hay nada más alto en el universo que la humanidad, la Palabra de Dios describe nuestra relevancia apropiada. El relato de la creación está ciertamente estructurado en orden de importancia ascendente, pero la creación de la humanidad no es lo último. Es lo penúltimo. No podemos detenernos en el sexto día. Debemos llegar a la séptima jornada y ver que el objetivo de la creación es la santidad del día de reposo para la gloria de Dios.

Y todo culmina con Cristo: “todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). Eso incluye a las personas. De forma exclusiva, Dios creó a la humanidad a su propia imagen y semejanza.

¿Ser hecho a su semejanza significa que Dios tiene cuerpo, dos piernas, dos brazos, dos ojos, etc.? No, de ninguna manera. No somos la imagen física de Dios. Y, por supuesto, las personas tienen una mente y una voluntad igual que Él. Pero la idea principal de ser hecho a la imagen de Dios es aún mayor. ¿Cuál es el propósito de una imagen sino replicar y reflejar otra cosa aparte de sí misma? Si leemos con cuidado el Antiguo Testamento, vemos que el propósito de la vida humana es replicar y reflejar el carácter mismo de Dios.

Dios es santo, y debemos irradiar esa santidad para que toda esta obra de crecimiento en santificación sea un desarrollo en santidad. Es un crecimiento en nuestro interior, no solo de redención, sino de avance hacia el cumplimiento y la consumación del propósito mismo de nuestra creación. Fuimos hechos para glorificar a Dios y dar testimonio a todo el cosmos sobre su carácter. Él exige a su pueblo: “Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:16, que cita Levítico 11:44-45).

Dios nos ha dado una señal trascendente del objetivo de nuestra redención en la institución misma del día de reposo o *Sabbat*. Por tanto, cada día de reposo, adopta la práctica de pensar en por qué existe ese día. Pregúntate: “¿Cuál es ese descanso que mi corazón anhela?”. El *Sabbat* apunta al día cuando Dios eliminará toda nuestra intranquilidad y nos dará la bienvenida a su descanso eterno. Lo


veremos tal como Él es. Seremos santos e irreprochables a sus ojos. Le alabaremos por toda la eternidad. Por tanto, así como Dios tiene el propósito de glorificarse por medio de nuestras vidas en la redención, también vemos este mismo objetivo en la creación.

Planear el crecimiento

Me suelen hacer con frecuencia esta pregunta: “¿Cómo sé cuál es la voluntad de Dios para mi vida?”. Es una interrogante importante y comprendo las luchas que subyacen a esta pregunta. Podríamos entrar en todas las ramificaciones de discernir los aspectos específicos de la voluntad divina para nuestras vidas, pero mi respuesta típica es: “Deberíamos preocuparnos más por la voluntad *suprema* de Dios para nuestras vidas, porque las Escrituras nos señalan que nuestra santificación —nuestro progreso en santidad y pureza— es lo que Él quiere para nosotros” (cp. 1 Tesalonicenses 4:3).

Vivimos en un entorno tan orientado a las obras que tendemos a pensar que debemos acumular todo tipo de logros para agradar a Dios. Con esto no pretendo denigrar en modo alguno la importancia de nuestras obras, por supuesto. Se nos ha llamado a hacer buenas obras para Dios y a tener celo por realizarlas (Tito 2:14). Pero existe un cierto sentido en el que a Dios le preocupa mucho más lo que *somos* que lo que *hacemos*. Él busca mayor carácter cristiano y piedad, ya que estamos siendo moldeados y conformados a la imagen de Cristo (Romanos 8:29).

Casi al final de su vida, el apóstol Pablo le escribió a su

A decorative floral wreath made of stylized leaves and branches, rendered in a light gray color, surrounds a central rectangular box. The wreath is composed of several curved branches with small, oval-shaped leaves, creating a circular frame around the text.

El propósito de
la vida humana
es replicar y
reflejar el carácter
mismo de Dios.

amigo Timoteo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7). Sabía que estaba a punto de cruzar la línea de meta.

Ahora bien, el concepto mismo de la línea de llegada usa ese término “meta”. Diversos negocios y organizaciones redactan cuidadosas declaraciones de objetivos para establecer el porqué de su existencia. La razón misma de su ser, lo que están intentando lograr, está encapsulado en el término “objetivo”. Se preguntan: “¿Cómo puedo desarrollar una estrategia para alcanzar o conseguir nuestro propósito?”. Así, empiezan estableciendo objetivos y metas, maneras de ayudarse a llegar al lugar donde quieren ir.

Como si de una organización se tratara, tu propósito es la razón dominante de tu existencia. Consiste en que te preguntes: “¿Cuál es el único logro que estoy intentando alcanzar en mi vida?”. Bajo tu propósito o fin se hallan diversas metas y objetivos que estableces para que te ayuden a sentar las bases del éxito. Sin embargo, con frecuencia nos proponemos metas demasiado grandes o pequeñas. Si nos *sobreestimamos*, nos desalentamos cuando no alcanzamos el objetivo. Con solo señalarnos unas aspiraciones más realistas evitaríamos el desengaño. Del mismo modo, si *subestimamos* nuestra meta, nos aburriríamos cuando la alcanzamos con demasiada facilidad, y esto se podría eludir estableciendo un objetivo que suponga un reto superior.

Por consiguiente, debemos ponernos metas concretas que nos supongan esfuerzo, pero que sean alcanzables. Permíteme sugerir una fórmula central para señalarte

objetivos en tu vida, ya sean espirituales, físicos, relacionales o vocacionales. Escoge sencillamente un verbo en infinitivo y acompáñalo de un sustantivo cuantificable, mensurable, y una fecha. Esa es la fórmula.

Por ejemplo, pongamos que mi objetivo principal consiste en que mi jardín sea más hermoso el año que viene. Tras reflexionar en lo que aumentaría su belleza, decido *plantar cinco árboles con flor para el 30 de abril*. ¿Entiendes lo mensurable que es? Incluye un objetivo específico con una fecha específica. Después del 30 de abril sabré si he fracasado, si he tenido éxito en parte o por completo.

Reconozco que existe un sentido real en el que no se pueden medir de manera cuantificable las metas espirituales. ¿Quién podría aplicar un microscopio exacto al alma? Esta es una de las razones por las cuales los cristianos quedan atrapados en su intento de perseguir hazañas y proezas externas. Quieren asegurarse de estar dando la talla como cristianos. Y esto es, sin lugar a duda, una empresa peligrosa.

Por otra parte, podemos aprender ciertas cosas de la práctica de establecer metas. Podemos preguntar: “Si mi propósito es ser santificado, si mi propósito es crecer hasta la completa madurez de la imagen de Cristo a la que estoy llamado, ¿cuáles son, pues, los objetivos que Dios ha señalado para su pueblo? ¿Qué me ha proporcionado Él para avanzar en mi crecimiento espiritual?”.

Hablamos mucho de los medios de gracia y de cómo podemos crecer en el Señor mediante un uso diligente de los mismos. Por ejemplo, la Biblia es un medio central de gracia y, por tanto, uno de mis objetivos como cristiano es

dominar las Escrituras. A menos que la Palabra de Dios alimente mi alma, no progresaré mucho en el camino de alcanzar mi propósito de santificación en este mundo.

Otro medio vital de gracia es la oración. Sé que mi desarrollo espiritual se atrofiará de manera radical si mi vida de oración es débil, de manera que uno de mis objetivos es ser más ferviente y activo en la oración para crecer espiritualmente. De un modo similar, es necesario que me involucre en la adoración en la iglesia el domingo por la mañana.

Estos son diversos medios de gracia, y podemos establecerlos como objetivos en la vida cristiana. Pero ¿cómo traducimos tales valores en metas específicas, concretas?

Pongamos que quieres conocer mejor la Biblia. Puedes entrar en alguna clase de programa de estudio formal de esta. Tal vez un programa acerca de la Biblia o un grupo pequeño de estudio bíblico. Estos grupos proveen disciplina y estructura. Te hacen responsable de estudiar más las Escrituras. Por supuesto, unirse a estos grupos no garantiza que vayas a crecer. La idea no consiste sencillamente en tachar la lectura o el estudio de la Biblia de tu lista de tareas. Una vez más, no puedes rastrear el progreso del alma con tales medidas cuantificables. Pero sí puedes comprobar tu progreso y el uso que haces de ese medio de gracia. Escoge estudiar libros específicos de la Biblia o seguir un programa concreto de estudio bíblico o un título específico de una institución bíblica.

Del mismo modo, si quieres orar más, únete a un grupo que se reúna con regularidad para la oración y el estímulo. Convierte en una cuestión de principio no

abandonar *jamás* estas reuniones donde oras con otros creyentes (Hebreos 10:24-25). La asistencia a la iglesia es vital para que los cristianos crezcan en su santificación. Por otra parte, que acudas con asiduidad a la iglesia no significa necesariamente que seas un cristiano fuerte. Pero una forma de garantizar un crecimiento atrofiado es dejar de congregarse con otros creyentes. La idea consiste en traducir tus sueños de crecimiento espiritual en patrones concretos de conducta que Dios ha diseñado para fomentar tu progreso espiritual.

Recuerda, no existen atajos. Puedes encontrar varios recursos en librerías cristianas de cómo ser un gigante espiritual en tres lecciones fáciles, pero estarás perdiendo tiempo y dinero leyendo un libro de ese tipo. ¿Por qué? Porque no existen tales lecciones fáciles en tres pasos rápidos. Es cuestión de esfuerzo —de trabajo apremiante y exigente—, y se requiere un plan. Precisamente, por esta razón, Jesús nos indica que el discipulado tiene un precio.

Por consiguiente, quien decida seguir a Cristo sin considerar el coste es un necio. En su lugar, debes estudiar las Escrituras para entender lo que Dios quiere que logres con tu vida, cuáles son los diversos obstáculos que debes vencer a lo largo del camino y qué medios ha provisto Él para capacitarte con el fin de vencerlos.


Ser como Cristo: El objetivo de todo crecimiento espiritual

Si planeamos caminar como discípulos de Cristo, debemos despertar y avanzar en la dirección de la acción. Para que

se produzca el crecimiento espiritual debe haber esfuerzo. Tiene que haber disciplina. Tiene que existir una disposición a pagar el precio de vencer toda clase de adversidad y obstáculos en una lucha muy real. Sin embargo, tener una meta por delante nos indica, al menos, en qué dirección enfocar nuestras energías en la lucha. Las personas pueden ser decididas y fervientes; pero, si no avanzan en el sentido correcto, es poco probable que acaben en el lugar adecuado.

¿Cuál es, pues, el objetivo del crecimiento espiritual? O, para formularlo de otro modo, ¿cuál es el propósito de la vida cristiana? Recordarás cómo indiqué con anterioridad en este capítulo que parece existir un patrón ascendente cuando leemos el relato de la creación en Génesis 1–2. En lugar de considerar el sexto día y la creación del hombre como el apogeo de la creación, sería más exacto ver el séptimo día —cuando Dios bendijo toda su obra y descansó— como el pináculo más alto. Y esto significa que, así como “[Dios] bendijo... al séptimo día y lo santificó” (Génesis 2:3), también creó y consagró a las personas para que fueran santas. La humanidad no creó a Dios; fue a la inversa. Dios no existe para la humanidad, sino que la humanidad existe para Dios.

Así, la Biblia nos enseña que cometemos idolatría cuando moldeamos a Dios a la imagen de la humanidad. Eso es idolatría: adorar a la creación como si fuera Dios. El mayor problema en nuestra teología hoy es que Dios ha sido creado a la imagen humana. Por eso afirmamos antes que las personas han sido creadas con la capacidad única de reflejar y replicar el carácter divino.

A decorative floral wreath made of stylized leaves and branches, rendered in a light gray color, surrounds a central white rectangular box with a thin gray border. The wreath is positioned behind the text box, with some branches extending over the top and bottom edges of the box.

Traduce tus sueños
de crecimiento
espiritual en
patrones concretos
de conducta que
Dios ha diseñado
para fomentar tu
progreso espiritual.

Esto significa que tú, como ser humano, has sido constituido así, hecho así, dotado así por tu Creador con ciertas facultades para que, de ese modo, tengas la capacidad en la creación de reflejar o replicar la santidad de Dios. No eres santo en ti mismo ni por ti mismo. Pero *Él es* santo en y de por sí, y te ha llamado como creación suya para que des testimonio de *Él*, para reflejar su carácter mismo al resto del mundo.

¿Acaso no es esto lo que Cristo hace en su vida de obediencia perfecta? ¿No cumple el propósito y el destino para el cual fue creada la humanidad?

Por esta razón, Pablo afirma que Jesús es el nuevo o postrer Adán en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (1 Corintios 15:45; Colosenses 2:9). Pero, más aún, *Él* es el resplandor de la gloria de Dios, la imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3), que es la razón por la cual Jesús puede decirles a sus discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

Ahora bien, aquí debemos tener cuidado. No estoy sugiriendo ni por un momento que la deidad se reproduzca en nosotros por algún medio. Pero ¿recuerdas lo que sucedió cuando Moisés subió al monte y habló con Dios? Su rostro había cambiado. Su cara resplandecía, brillaba. Hubo una manifestación física de la gloria refulgente que irradiaba de su persona.

¿Por qué sucedió esto? ¿Acaso la gloria interna de este pastor de Madián irrumpió finalmente a través de su piel para que el pueblo pudiera ver lo que había realmente en su interior? Sabes que no es así. En su lugar, Moisés mantenía una conexión tan íntima con la presencia de Dios y

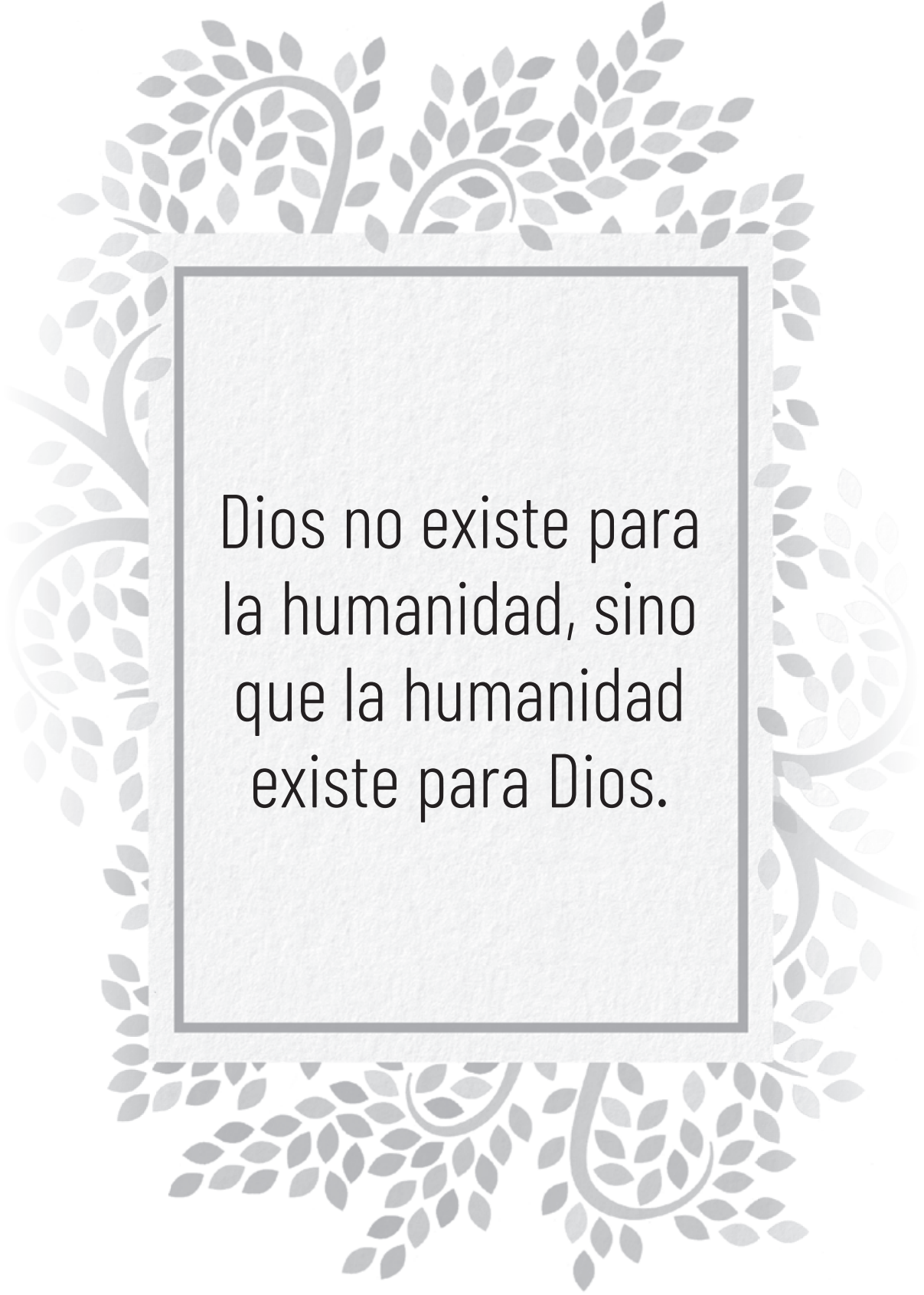
estaba tan rodeado por su gloria que, cuando descendió del monte, aquella misma gloria seguía reflejándose en su rostro con todo su fulgor.

Del mismo modo, el objetivo supremo del cristiano es lo que denominamos la “visión beatífica”, la *visio Dei* o la visión de Dios. Esa es la gloria para la que vivimos, nos movemos y somos. Es la mayor esperanza de la consumación de nuestras vidas. Poder contemplar no el rostro de Moisés, sino la cara de Dios mismo es el mayor anhelo de nuestras almas y la satisfacción más profunda de nuestros deseos. Hemos pecado; es verdad. Ahora estamos manchados, mancillados, desfigurados. Pero no hemos sido borrados. Dios nos ha conservado. No nos ha aniquilado. Sí, “el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12), pero Dios se ha propuesto preservarnos y redimirnos.

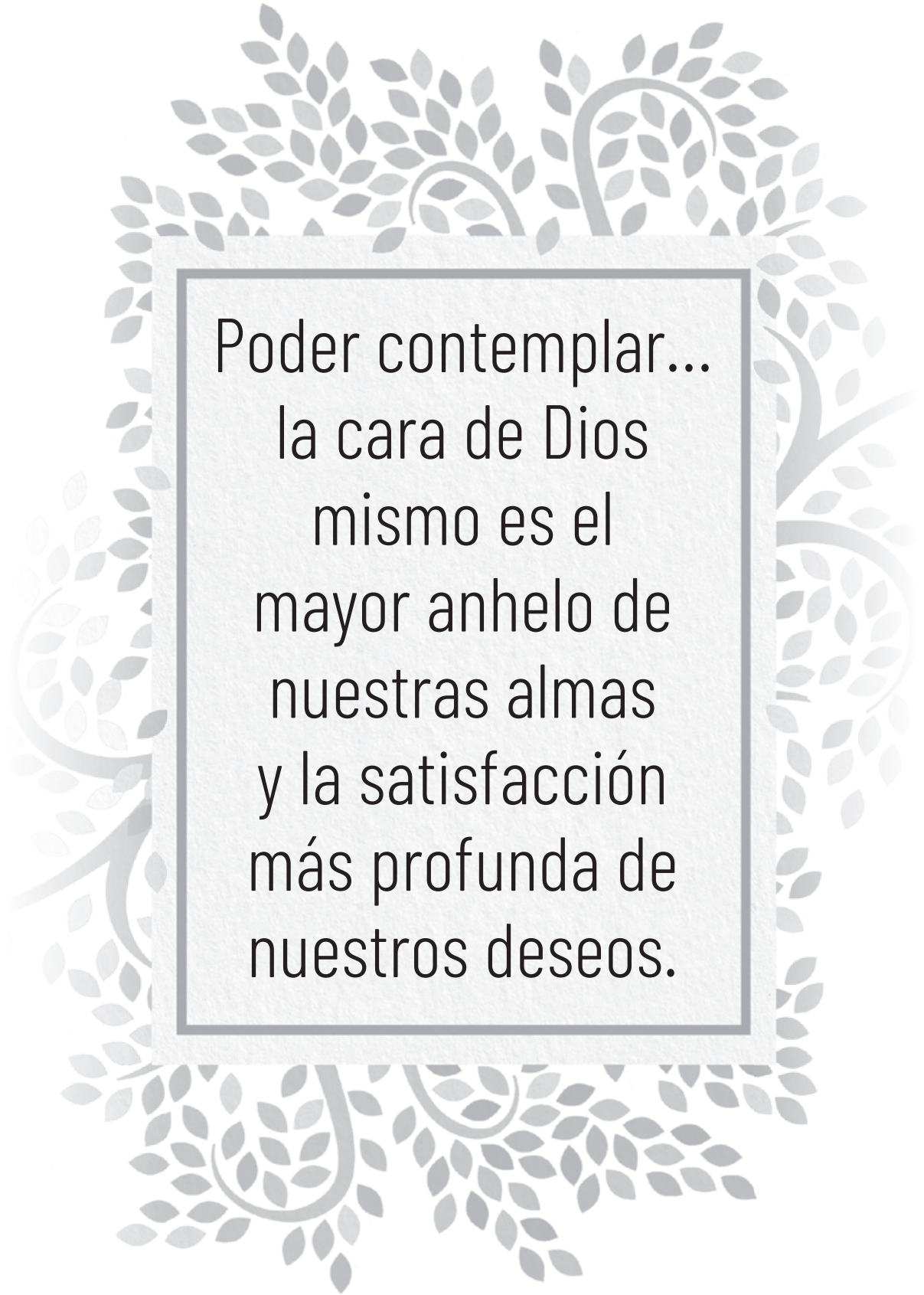
En la riqueza de su bondad, Él sigue prometiendo “Yo seré vuestro Dios” (Jeremías 30:22). “Moraré en medio de ti” (Zacarías 2:11). “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros” (Santiago 4:8). “Y pondré mi morada en medio de vosotros” (Levítico 26:11). “Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Ezequiel 37:27).

Así, Dios sigue teniendo una relación con su pueblo. Pero seguía conservando una prohibición. ¿Cuál era? “No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá” (Éxodo 33:20). Puedes acercarte, pero nadie verá su rostro, ni siquiera Moisés. “Verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro” (Éxodo 33:23).

¡Qué gran gloria perdimos cuando pecamos! ¿Será



Dios no existe para
la humanidad, sino
que la humanidad
existe para Dios.

A decorative floral wreath made of stylized leaves and branches, rendered in a light gray color, surrounds the central text box. The wreath is composed of several curved branches with small, oval-shaped leaves, creating a circular frame around the text.

Poder contemplar...
la cara de Dios
mismo es el
mayor anhelo de
nuestras almas
y la satisfacción
más profunda de
nuestros deseos.


siempre así? La mejor parte del evangelio es que podemos responder confiadamente: “¡No!”. En su primera epístola, Juan nos indica:

Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Juan 3:1-2).

¿Motiva esto un cántico en tu alma? Veremos a Dios tal como Él es. No como se le refleja. No según la imagen replicada en la gloria de su creación. Ni siquiera mediante la imagen de su pueblo creado por Él. Le veremos tal como Él mismo es. Contemplaremos directamente el rostro descubierto de Dios y, en ese momento, quedará satisfecha toda la plenitud de nuestro espíritu humano cuando la completitud total de su hermosura sea glorificada.

Ese es nuestro anhelo más profundo y nuestro bien supremo. ¿Cómo podemos recibir, pues, este que es el mayor de todos los dones? ¿A quién se le promete esta visión, esta oportunidad de ver a Dios? A los de corazón puro. Jesús declara: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8). Sin embargo, amigos míos, no somos puros de corazón. Por esta razón, nadie que lea este libro ha visto jamás a Dios.

El objetivo de nuestras vidas es ser conformados a la imagen de Cristo: cumplir el propósito original para el

A decorative floral wreath made of stylized leaves and branches, rendered in a light gray color, surrounds a central rectangular box. The wreath is composed of several curved branches with small, oval-shaped leaves, creating a circular frame around the text.

Fuimos creados
con este propósito
concreto:
glorificar al
Creador del
universo.

cual fuimos creados, a saber, reflejar el carácter mismo de Dios ante el mundo que nos rodea. La primera pregunta del catecismo que aprendí de niño procede del Catecismo Menor de Westminster: “¿Cuál es el fin principal del hombre?” o “¿Cuál es el principal propósito del hombre?” o “¿Cuál es el objetivo de la raza humana?”. Y la respuesta que se me enseñó y que yo recitaba es: “El fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre”. Jamás pude atar cabos respecto a esto en mi juventud, porque no me cabía en la cabeza que glorificar a Dios pudiera ser algo placentero.

Sin embargo, desde entonces he aprendido que mi mayor gozo es la gloria suprema de Dios. Fuimos creados con este propósito concreto: glorificar al Creador del universo. Fuimos hechos para santidad. Y, cuando la rechazamos, sufrimos privación, una sensación profundamente arraigada de pérdida e intranquilidad, porque estamos desintonizados de la naturaleza para la cual fuimos hechos.

No obstante, cuando nuestras almas valoran la gloria de Dios, tenemos la motivación necesaria para avanzar hacia la meta de vivir una vida santa. El fin alimenta los medios.

